

de su partida, que lo fue Evora, no tardó en incendiar al reino lusitano. El provincial de los Jesuitas había pronosticado el movimiento y previsto sus consecuencias; pero fiel á la ley que le trazaron las congregaciones generales, prohibió á todos los individuos del Instituto el inmiscuirse en la sedición, ya directa, ya indirectamente, por aprobacion tácita ó expresa.

Pero había cundido ya demasiado la efervescencia en los ánimos para que semejante orden fuese obedecida: vínose á renovar en Portugal, con la diversidad de costumbres y países, lo que había sucedido en Francia en tiempo de la Liga. El mayor número de los miembros de la Sociedad se resignó á ejecutar las órdenes de su jefe; pero el patriotismo de algunos y el entusiasmo que, en la víspera de las revoluciones, á la manera de una fiebre, se sube al corazón y á la cabeza, impulsaron á cinco ó seis Jesuitas á salir de los límites de la neutralidad. Adhiriéndose el P. Francisco Freire á la reaccion que agitaba al Portugal, pronunció en la dominica tercera de Adviento de 1635 un discurso desde lo alto de la cátedra evangélica, que produjo un efecto mágico en la ciudad de Evora, extendiéndose por todos los ángulos del reino: el Provincial condenó á prision al orador; pero en el mismo instante las familias mas nobles abrazaron con calor su querrela, y después de interpretar y atenuar sus palabras, escribieron al rey de España quejándose de la injusticia de que era víctima el P. Freire. Los Padres castigaban á uno de sus súbditos que había llamado al pueblo á las armas para sacudir el yugo del dominio español, y el rey de España se colocaba de parte de la nobleza portuguesa.

En vísperas de perder este reino, era tal la ceguedad de Felipe IV y Olivares, que ambos tomaban medidas para que Freire fuese inmediatamente puesto en libertad; mientras que el pueblo, cerciorado ya de la imprevisora debilidad del Conde duque, no aguardó á que se promulgase esta orden para ponerla en ejecución. Hallóse desairado el superior de los Jesuitas, como era de esperar, y entonces los PP. Sebastian Conto, Álvaro Perez, Diego Areda y Gaspar Correa, trataron de comprimir el movimiento que se les imputaba haber fomentado. La duquesa de Braganza, que había ensayado sus fuerzas, creyó oportuno aplazar su designio; y en el mes de noviembre de 1638 obtuvieron del pueblo los cinco Jesuitas una sumision completa, aunque momentánea.

Calmada ya esta primera sedición, y deseando la corte de Ma-

dríd castigar á sus autores sin investigar los motivos, mandó llamar el Rey al Escorial á los mencionados Padres, escribiéndoles que necesitaba de su prudencia y luces, y que descaba consultarlos sobre la situacion de los ánimos; pero adivinando tres de ellos el lazo que les tendían bajo aquella amistosa invitacion, pretextaron los motivos mas especiosos para diferir su marcha, y solo Correa arribó á la corte de Madrid. Este Jesuita, que cuatro años antes había hecho descender la corona de Portugal sobre las sienes de Juan de Braganza, anunciándolo así en el púlpito, trató de sincerar su conducta y explicar las palabras de su discurso; pero á pesar de su justificacion, le desterró el Monarca á San Felices, y pocos meses después estallaba en Lisboa la conspiracion tan sabiamente urdida, consumándose la separacion de España y Portugal, y subiendo al trono la casa de Braganza.

Agradecida esta á los esfuerzos de los Jesuitas, tuvo en cuenta lo pasado y lo presente, y queriendo asegurarse por ellos el porvenir, les otorgó una influencia ilimitada: ellos fueron los primeros embajadores del rey Juan IV. El P. Mascareñas partió para Cataluña, Villena para el Brasil, y Cabral para Flandes, encargados todos tres de misiones secretas. En 1647 la reina Luisa eligió por su director espiritual, y de su hijo el infante Teodosio, al P. Juan Nuñez. El P. Vieira, predicador del Monarca, fue enviado á Francia y Holanda para abrir negociaciones con estos Estados. La separacion del Portugal en dos provincias de la Orden llegó á producir en 1653 un gran descontento en la corte y entre algunos Jesuitas; y creyendo el P. Ignacio de Mascareñas verse debilitar con esta division el celo de varios colegios todavía mal consolidados, avisó al General, quien comisionó al P. Juan Brisacier, confesor del duque de Orleans, confiándole sus plenos poderes para zanjar esta dificultad; y el Jesuita francés allanó los obstáculos, y ejecutó lo que había resuelto Vitelleschi.

El quinto generalato viene á ser una era monótona de ventura, á pesar de haberse suscitado en Malta una tormenta, que dió por resultado el ser expulsados de la citada isla los Jesuitas. Habiendo creado Tomás Gargallo, obispo de la diócesis, un colegio de Jesuitas en la ciudad de Lavalette por los años de 1592, adjudicó á esta fundacion, cuyos protectores se habían declarado el Gran Maestre y el Consejo de la Orden, una parte de sus rentas. Un Jesuita restableció en la Isla la concordia, desterrada por al-

gunas querellas interiores en el mes de marzo de 1617. Habíanse formado dos partidos entre los caballeros, adhiriéndose unos al Gran Maestre, y otros á los ancianos; y aunque varios príncipes habian tratado de reconciliarlos, no habian sido, sin embargo, tan felices como el P. Carlos Mastrilli, quien condujo á los jefes de los dos bandos á hacerse concesiones mutuas, y calmó con esto la disidencia. Pero la buena armonía que hasta entonces habia reinado entre los caballeros y Jesuitas, cesó de repente por los años de 1639, siendo por cierto harto ligero el motivo de la discordia. En la falta de inculpaciones diarias en que se encontraban los antagonistas de la Sociedad, el asunto de Malta fue un lance providencial, al que agregaron circunstancias imaginarias, y publicaron como un hecho de gravedad.

La Isla habia llegado á ser presa del hambre; faltaban granos, y la flota turca impedía toda comunicacion con la Sicilia. Pero los Jesuitas guardaban en sus graneros mas de cinco mil sacos de trigo, y temiendo que les obligase el Gran Maestre á venderlo á un precio bajo, ocultaron lo que tenian, y simulon hallarse tambien en la mayor necesidad. Pablo Lascaris, que á la sazón era el jefe de la Orden, socorrió liberalmente á los Padres, aunque algunos caballeros protestaron contra una generosidad tan mal empleada. «Al mismo tiempo, continúa el *Teatro jesuítico* ¹,

¹ El *Teatro jesuítico*, obra española, tan rara como virulenta, y en la que muchas veces sustituye el epigrama á la calumnia, fue quemado por decreto de Felipe IV. El tribunal de la Inquisición promulgó contra él la misma sentencia en 18 de enero de 1635; el 16 de febrero de 1636, fue tambien condenado por la Santa Sede; y por último, el dominico Tapia, arzobispo de Sevilla, le quemó públicamente con sus propias manos. Tal es la obra de quien Antonio Arnauld ha tomado la mayor parte de las acusaciones publicadas en su *Moral práctica de los Jesuitas*; y queriendo dar mas peso á sus plagios, tuvo el descaro de colocar su obra al abrigo de la autoridad de un nombre respetable. «En cuanto al autor del *Teatro jesuítico*, dice en el primer tomo de su *Moral práctica*, página 211, ha tomado el pseudónimo de *La Piedad*, no siendo este su verdadero nombre. Eslo, sí, un dominico llamado Ildefonso de Santo Tomás, «que es en la actualidad obispo de Málaga.»

Apenas llegó á oídos del referido Prelado semejante imputacion, cuando escribió al papa Inocencio XI en los términos siguientes: «Hacé poco hemos tenido entre manos un libelo infamatorio, indigno de la luz pública, y compuesto en el tenebroso caos del infierno: su título es el de *Moral práctica de los Jesuitas*.» El Obispo de Málaga prueba no ser el autor de este *Teatro*, y añade: «Queda demostrado matemáticamente que es imposible que bayamos publicado esa obra, en el hecho mismo de asegurar el escritor citado que la

«sucedió que el P. Cassia cometió un crimen tan abominable, que indignados todos los magistrados, y queriendo castigar á su autor de una manera proporcionada á su delito, le lanzaron sobre un falucho con sus colegas, y los enviaron á Sicilia: en seguida visitaron todo el colegio, donde descubrieron una gran cantidad de trigo, que bastó para proveer á la Isla por espacio de muchos meses.»

Vertot, ese historiador de imaginacion, que jamás tuvo simpatías por los Jesuitas, guarda un profundo silencio respecto á estas imputaciones, y refiere en estos términos la causa de su destierro: «Algunos caballeros que no acababan de servir de paje, se disfrazaron en los dias del carnaval con el traje de Jesuitas: estos llevaron á mal semejante acto, quejéronse á Lascaris, y este último hizo prender á algunos de aquellos jóvenes. Sus compañeros pasaron inmediatamente á la cárcel, forzaron las puertas, y los pusieron en libertad: en seguida se dirigen al colegio, lanzan los muebles por las ventanas, y obligan al Gran Maestre á expulsar á los Jesuitas de la Isla. Solo once Padres fueron deportados, y otros cuatro se quedaron ocultos en la ciudad de Lavalette. El Consejo y los Grandes Cruces no manifestaron gran disgusto al ver el extrañamiento de los Padres, que en perjuicio suyo gobernaban á los Gran Maestres ¹.»

La narración de Vertot se aproxima mas á la verdad que el relato del *Teatro*, plagiado por Antonio Arnauld, pero tampoco lo dice todo: es preciso ser mas exactos... Pablo Lascaris apreciaba á los Jesuitas, especialmente á dos, los PP. Jorge Talavia y Jacobo Cassia, que poseian toda su confianza. En el centro de esta roca, de donde los caballeros se lanzaban con tanto valor contra

«dí á luz en 1634, es decir, cinco años después de mi profesion, cuando la falta de tiempo, la debilidad de temperamento, y una constante aplicacion á otros estudios, me imposibilitaban de tratar una materia tan difícil como enojosa. Hé aquí lo que confunde la temeraria audacia con que atribuis el *Teatro jesuítico* á un docto y piadoso regular de la Orden de santo Domingo, llamado *Ildefonso de Santo Tomás*, en una edad en que no solo no enseñaba, sino que estaba empezando á tomar nociones de las bellas letras.»

Este solemne mentís, lanzado á la faz de la Europa entera, no impidió sin embargo á los escritores Arnauld y Pascal, así como á los demás adversarios de la Compañía de Jesús, el que atribuyesen al Obispo de Málaga una obra en que jamás le hubieran permitido pensar su juventud y equidad.

¹ *Historia de Malta*, lib. XIV, año de 1639.

los infieles en defensa de la Religión, reinaba un libertinaje casi sin freno: los peligros que á cada paso arrostraban sus moradores comunicaban á su existencia y carácter un no sé qué de aventurero: consagraban al placer el tiempo que no pasaban en cruzar los mares; degenerando aquel, vino á parár en corrupcion. Juzgando oportuno Lascaris poner un coto á estas demasías, llamó á estos monjes soldados á la observancia de las reglas á que ellos mismos se habian sujetado, empleando medidas severas, prohibiendo á las mujeres el disfrazarse de hombres, y vedándolas el presentarse en la escena en una comedia que los jóvenes italianos preparaban para el carnaval. Los caballeros trataron de hacer revocar la prohibicion, y así lo solicitaron, y valiéndose de sujetos de influencia que lo solicitasen del Gran Maestre; mas este respondió: «He dado esta orden, para obedecer á lo que la Religión y nuestros votos exigen: si el P. Cassia declara que pueda autorizar vuestras diversiones, no me opondré á ellas.» Consultado este, rehusó acceder á los deseos de los demandantes. Acaloráronse los ánimos, púsose Salvatici, gentil hombre de Padua, á la cabeza de los descontentos; disfrazáronse con el hábito de la Compañía, y así disfrazados, recorrieron la ciudad proclamando que los Jesuitas perturbaban los placeres públicos, y que eran los autores del edicto. Lascaris ordena que inmediatamente sea encerrado Salvatici en el fuerte de San Telmo; pero apenas llega á oídos de los italianos esta noticia, cuando corren furiosos á las armas, invitan á los demás extranjeros á la insurreccion, ponen en libertad al preso, dirígense todos juntos al colegio de los Jesuitas, después de saquearles, apresan á once de ellos, y los depositan en un buque que estaba para hacerse á la vela para Sicilia.

Era mas bien un motin propio del carnaval el que habia determinado semejante acto, que un movimiento reflexionado: participóselo Lascaris á Urbano VIII (de la familia de los Barberini) y este Pontífice se apresuró á dar orden para que los Jesuitas fuesen restablecidos en la Isla. Durante este intervalo, Luis XIII, que no habia creído deber permanecer espectador indiferente del escándalo, escribió con fecha 5 de mayo de 1639 al Gran Maestre la siguiente carta:

«Querido primo: Me ha parecido por cierto muy extraño el proceder de algunos caballeros franceses é italianos, con respecto á los Padres Jesuitas de Malta. Como la violencia que han

«cometido ha sido pública, no cabe duda en que el castigo debe ser severo y ejemplar. El afecto que, como es sabido, profeso á la Compañía de los Padres Jesuitas, puesto que confío la direccion de mi conciencia á uno de ellos, me estimula á pensarles mi proteccion en todas las ocasiones, como lo ejecuto en esta cuanto me es posible, recomendándoos de todo mi corazon lo que es de su interés en este negocio: pareceme que os conviene no dejar impune semejante accion, en sumo grado rebelde y sediciosa. Escribo acerca de esto á mi embajador en Roma, para que practique todas las diligencias posibles cerca de nuestro Santo Padre, á fin de que Su Santidad interponga, si es necesario, su autoridad en apoyo de la vuestra; de manera, que nada pueda impedir que los citados caballeros sean castigados de su insolencia. Si os parece, enviadme algunos á Francia, y veréis cómo les hago sentir cuánto me ha desagradado su porte; pero, ante todas cosas, deben ser restablecidos en su casa los Jesuitas que fueron expulsados con los que han quedado en ella. No dudo que los protegeréis en adelante, guardando con ellos toda especie de atenciones, y procurando que no vuelva á ocurrir semejante atentado. Sin mas, suplico á Dios, primo mio, que os conserve en su santa y digna guarda.»

Hallábase entonces la Francia bajo la voz poderosa y la mano fuerte de Richelieu, en estado de imponer la ley á estos isleños; así es que para el 12 de diciembre del mismo año se hallaban ya reintegrados los Jesuitas en sus posesiones, ingresando en su colegio en medio de los aplausos de los caballeros y del pueblo; mas por una medida llena de prudencia, los PP. Talavia y Cassia fueron á desempeñar otro destino. Como el crédito de que disfrutaba la Compañía cerca de Lascaris empezaba á producir algunos celos en ciertos dignatarios de la Orden de Malta, encerrándose los Padres en el ejercicio de sus funciones, usaron una reserva de la que nada pudo separarlos. Entre tanto, próximos á estallar los disturbios acaecidos en el carnaval de 1640, y habiendo obtenido Salvatici una orden del Gran Maestre para representar la comedia proyectada en el año anterior, dirígesse aquel al teatro; trábase una disputa entre él y un caballero llamado Roberto Solaris; créese ofendido; da un paso atrás; echa mano á la es-

pada; anticipasele Solaris, y le pasa la suya á través del cuerpo. Este fin deplorable, en que el pueblo creyó ver una especie de juicio de Dios, sirvió de desenlace á una intriga, de cuyo plan y resultados se han dado tan distintas versiones.

En tanto que en el Mediodía de Europa reinaba la paz, estallaba la guerra en el Norte de la misma. Gustavo Adolfo, el héroe del protestantismo, y su rival, el conde de Tilly, derramaban por todas partes el terror de su nombre y de sus armas. Tilly habia en un principio querido entrar en la Compañía de Jesús; pero el entusiasmo por los combates superó en él á la piedad. Los Jesuitas le hicieron renunciar á su Instituto para que llegase á ser un gran capitán, y el afecto constante que profesaba á los que en el claustro le habian permitido desarrollar con libertad su pasión militar, fue un nuevo estimulante para los herejes. Los Jesuitas habian formado el corazón de Tilly, Walstein y Piccolomini, los tres grandes campeones de la causa católica de los treinta años, que tan profundamente conmovió á la Alemania; pero no tardaron en expiar este triple honor con persecuciones sin término y peligros de todos los días. El primero tenia en su campamento algunos Padres, los cuales, aunque víctimas de la guerra, no cesaban de predicarle la humanidad, oponiéndose siempre á que las tropas imperiales vengasen en las personas de los prisioneros los desastres que arruinaban sus colegios: acompañaban al ejército en sus marchas; seguíanle en los campos de batalla, y después de la victoria conseguida en Starlo, disputaron á los croacios los cautivos de aquella jornada¹. Los Protestantes se mostraron poco sensibles á semejante ejemplo. Sin tener en cuenta las consideraciones políticas que habian introducido en Alemania la tea de la discordia, se batian como se baten la mayor parte de las naciones, sin poder precisar los motivos de la lucha; si bien es verdad que encontraban uno mas que suficiente en su odio al catolicismo y á la Sociedad de Jesús.

¹ El número de los prisioneros, dice el *Mercurio Francés*, tom. IX, página 687, ascendía al de unos cuatro á cinco mil; siendo una lástima el verlos conducir por los croatos, como rebaños de bestias, por la Westfalia hasta las puertas de Munster, donde, segun escribe Arthus: *Ibi ipsis cibo potuque et vestimentis per summam commiserationem prospectum fuit, tametsi paulo ante hostes fuissent*. Varios eclesiásticos, y entre ellos los Jesuitas, Capuchinos y algunos seglares, consiguieron arrancar un gran número á las garras de sus vencedores, proporeionándoles en seguida lo necesario para volverse á su país.

Esta habia hecho inmensos progresos en el corazón del Austria, y en las fronteras de Rusia; se hallaba establecida en Polonia, Bohemia, Hungría y en las provincias litonianas; pero la guerra de los Treinta años suministró una ocasión para anonadar su pujanza. Habian parecido en Cracovia los *Monita secreta*¹ por los años de 1612. Este libro en que se da por supuesto que el General de la Compañía inculca á sus subordinados unos consejos que deben eternizar su poder y acrecentar su fortuna, no es mas que un tipo infernal de depravacion, que pone en claro y justifica toda clase de iniquidades. Una sociedad cualquiera que partiese de este principio, solo seria una caverna de bandidos; y no bastarian todas las venganzas humanas para infamar semejante código. Demasiado bien comprendieron esto mismo sus inventores, y por lo tanto se contentaron con fascinar á los espíritus crédulos, ó á los que tienen necesidad de mentiras. Para ellos esto era cuanto podian esperar; no era posible que su triunfo pasase mas adelante. La congregacion de cardenales decretó con fecha 10 de diciembre de 1616 que, «condenaba absolutamente los *Monita secreta*, COMO FALSAMENTE ATRIBUIDOS Á LOS JESUITAS.» Empero, semejante acto nada declaraba de nuevo, ni modificaba opinion alguna; la obra tendia á paralizar la confianza, al paso que su objeto manifiesto se reducía á presentar á los Jesuitas como ciegos instrumentos de unas leyes perversas y de un sistema inva-

¹ Los *Monita secreta* vieron por primera vez la luz pública en Cracovia por los años de 1612, disfrazados bajo el velo del anónimo; pero el obispo de esta ciudad, Pedro Tilicki, entabló en 1613 un proceso jurídico contra Gerónimo Zaorowski, cura de Gordzice, autor presunto de la citada obra, que ha permanecido en el estado de un oscuro folleto hasta el año de 1761, que fue reimpressa en Paris. Los Jesuitas iban á sucumbir entonces á los tiros que les lanzaban los ministros que gobernaban á los príncipes de la casa de Borbon; sin embargo nadie tuvo bastante descaro para confesarse autor del mencionado libelo, y le ocultaron bajo el nombre supuesto de Paderborn. Para dar mas autoridad á esta obra, anunció el editor haberle encontrado Cristian de Brunswick en la biblioteca de los Jesuitas de Paderborn ó de Praga; pero apenas llegó á oídos de los obispos polacos, protestaron todos con la Santa Sede contra semejante impostura, á la que solo han podido asentir los ignorantes, ó aquellos sujetos para quienes el error es una necesidad. Barbier, á quien nadie podrá ciertamente tachar de parcialidad en favor de los Jesuitas, confiesa en su *Diccionario de los anónimos y pseudónimos*, tom. III, número 20983, que es una obra apócrifa. El P. Gretzer se toma la molestia de refutar este libro, que ha servido de basa á cuantos se complacen en partir de un falso principio para deducir falsas consecuencias.

sor, que sembraba el disturbio en las familias y en los Estados.

Sin embargo, el metropolitano de ambas Rusias, José Velamin, no se dejó alucinar. Cerciorado de los graves desórdenes que se habian introducido en los conventos de Lituania que seguían la regla de san Benito, y juzgando conveniente una reforma, suplicó á dos Jesuitas que pasasen á establecerla en el monasterio de Biten, y desde allí la propagasen en los demás. Mientras que en las selvas de Samogitia inauguraban los Padres la fundacion de un colegio, invitando por medio del Evangelio y la educacion á abrazar el cristianismo á sus habitantes casi paganos; el canciller del reino, Leon Sapicha, fundaba otro en Brestonitza, y en Grodno se elevaba un tercero; pero la universidad de Cracovia debia sentir por precision el peligro de tener un rival. Segismundo habia querido que se crease una nueva casa de Jesuitas en la misma ciudad de Cracovia, á fin de compensar las pérdidas que les causara la guerra con los turcos; pero la universidad se opone á que se funden otras escuelas, y eleva al Rey sus quejas, que parecen haber sido inspiradas por la lectura del *Monita secreta*.

Los Jesuitas, segun la universidad de Cracovia, «son astutos, «diestros en inventar mil artificios, é instruidos en fingirse sencillos.» El Rey lleva con todo adelante su propósito, y los universitarios, que veian su patria amenazada por los Luteranos y turcos que infestaban las fronteras, se valieron de este pretexto, para obtener por medio de la insurreccion lo que se habia denegado á sus ruegos. La Polonia era á la sazón lo que siempre ha sido; es decir un reino electivo gobernado por la anarquía. En 1621 avanzaron las tropas contra los universitarios, y en una carta que estos escribieron á la universidad de Lovaina, con fecha 29 de julio de 1621, se lee lo siguiente¹: «Los Jesuitas hicieron correr «mas de una vez la sangre de los inocentes hasta inundarse la «ciudad; aunque viniéndose á cansar el brazo de los asesinos «que empleaban en estos crímenes, luego que habian saciado su «carnívora sed, se negaron, impulsados por un resto de compasion, á continuar los asesinatos.»

Tales ó semejantes misivas eran remitidas á cada una de las universidades. La de Paris recibió tambien la suya, y contestó con elocuentes maldiciones contra los Padres. Quejábanse los

¹ *Litterae academiae Cracoviensis ad academiam Lovaniensem*, die 29 julii, 1627.

doctores polacos de que un monarca, rodeado de enemigos exteriores, castigaba vigorosamente la rebelion interior que le privaba de una parte de sus fuerzas; esto basta para que todas las universidades consiguiesen de comun acuerdo elogios y lágrimas á todas las revoluciones. En aquel momento sucumbian los Jesuitas víctimas de las primeras victorias de Gustavo Adolfo.

En este mismo año (1621) en que la universidad de Cracovia habia soñado que la perseguian, lanzándose los suecos en la Livonia, y obligando á capitular la ciudad de Riga, fueron expulsados de ella los Padres por convencion luterana, y ocho dias después experimentaron en Venden la misma suerte que les habia reservado Gustavo Adolfo. Fuerza era contener la impetuosidad juvenil del Sueco, ó perecer. Alejandro Corvino Gosiewski, palatino de Smolensko, marcha á su encuentro, alcánzale cerca de Dunamunde, triunfa de su valor, y como para consagrar la memoria de esta jornada, establece un colegio de Jesuitas en la ciudad libertada por sus armas.

Lanzábales la guerra de un punto, la misma guerra los reunia en otro. Corvino les abrió un vasto campo que aceptaron inmediatamente; porque pensando que en el fondo de estas selvas, en donde la civilizacion no habia aun aclimatado sus beneficios, era posible ver brotar una savia cristiana, sin dejarse intimidar por supersticiosas amenazas, ni abatir por los padecimientos, trataron desde luego de consagrarse á esta tarea, llegando á realizar los deseos del donatario. Cada victoria de este Palatino era para ellos una nueva mision. Apoderándose este de una fortaleza en las fronteras de Rusia, iba ya á transformarla en colegio de la Compañia, cuando haciéndole ver los Padres que seria mas útil la fundacion de una casa en Vitepok, ó sea el centro de la provincia, y no en un país abandonado, accedió á sus deseos, y ocho años después se abria el colegio.

Nicolás Telski, gobernador de Pinsk, en donde penetraban al par el cisma griego y el luteranismo, trató de oponerse á los estragos que ambas sectas hacian en el rebaño católico, y para conseguirlo mandó llamar á los Jesuitas; pero habiéndole impedido la muerte ejecutar sus proyectos, su sucesor, el príncipe Estanislao Radziwill, canciller del reino, terminó la obra con el concurso de la nobleza del Palatinado, mientras que el general polaco Estanislao Konicpolski aumentó en 1629, de concierto